

Análisis y Comentario

LA PEQUEÑA AGRICULTURA ANTE LA APERTURA DE LOS MERCADOS¹

José Calvo *

ABSTRACT

The small farmer and the markets' opening. To the small farmers of UPANACIONAL (National Small Farmers' Union), the so called "free" market is not only unavoidable, it is after all a better alternative than the state intervention we have suffered for the last 50 years. But we do not yet see our governments embracing the new accepted paradigm without ambiguity, and this is specially harmful to our production, which contributes 80% of our required food; 50% of our coffee exports; and a good percentage of the other exported farm products, traditional or new, and for which we do not get any subsidies. This lack of commitment burdens our production with the cost of an overblown state; puts us in the uncomfortable position of opening our market to subsidized food excedents; and deprives us of the opportunity to reconvert, add value to our products, and participate in the new exports. It also misses a chance to influence the shaping of a true free market in the world. And it could aggravate our social problems beyond control, by forcing an exodus of half a million rural people to the shanty towns of San José, where there is no alternative source of employment. We suggest therefore that a national agricultural policy is urgent. That it should emphasize reconversion. And that this is a task of vital importance to the survival of the small farmers and the agronomic professions, to whom we still provide a large clientele.

INTRODUCCION

Este no es un argumento en defensa de un gremio. El mundo no se adapta a ninguna teoría ni ideología en los tiempos normales y menos aún en las épocas de cambio. Además, cuando se nos cae la casa, hacemos otra tomando los materiales de donde se pueda, pero no vamos a insistir en que se construya una igual a la que se cayó, como quieren los socialistas, ni vamos a pretender construir un castillo de hadas como quieren los neoliberales.

Cuando me invitaron a presentar, en una mesa redonda del Colegio de Ingenieros Agrónomos, el punto de vista de los pequeños agricultores ante la globalización, al menos como se percibe a inicios de 1995, me limité a hacer algunas proposiciones generales, en mi calidad de dirigente de UPANACIONAL, porque no se podía hacer más en los 15 min que permiten esas mesas redondas. Pero la invitación de Agronomía Costarricense para escribir sobre aquel tema me da la oportunidad de ampliar esas proposiciones y explicarlas.

DEL PATERNALISMO ESTATAL

Empezaré por decir que los pequeños agricultores no lamentaríamos la desaparición del

1/ Recibido para publicación el 10 de julio de 1995.
* Dirigente de la Unión Nacional de Pequeños Agricultores (UPANACIONAL). San José, Costa Rica.

estado interventor en la economía, porque nunca nos benefició. La bonanza que siguió a la guerra mundial; la adopción del sistema de seguridad social de un estado industrial como Bélgica, por un agrario como Costa Rica, que por cierto excluyó de la cobertura a los pequeños agricultores por más de 40 años; el éxodo de peones hacia la ciudad, desempleados como consecuencia de la elevación arbitraria de salarios; la política de sustitución de importaciones, que no logró cuajar; y el crecimiento desenfrenado de la burocracia del estado empleador; todo eso requería el abastecimiento de alimentos baratos que solo los pequeños agricultores pueden dar.

Durante ese período paternalista, la industria misma, con preferencias de crédito, contratos industriales, dólares subsidiados por la exportación agrícola, y altísimas tarifas de protección aduanera, reclamaba continuamente el derecho de importar las materias primas agrícolas (granos, hortalizas, leche, fibras) de donde fueran más baratas, y clamaba en contra de los supuestos subsidios agrícolas, al mismo tiempo que aquí se traía el maíz, el sorgo, y el trigo del "dumping" norteamericano, sin tarifa, y había que estarse protegiendo de la leche subsidiada de Nueva Zelanda y Europa, o de las papas holandesas traídas de Panamá; los alimentos nuestros, en cambio, no se iban hacia ese país pues lo impedía la Guardia Rural, que también se empleaba (y en serio) para impedir que entraran aquí los bienes industriales: como ocurre todavía.

Aún en el caso del arroz, en que sí se podían reclamar tratos especiales por la identificación socioeconómica de sus productores, a quienes nunca importó una lucha contra el monopolio de sus herbicidas porque su costo extra se sumaba en el modelo de costos, y donde los mismos ex-arroceros cuentan cómo cosechaban y luego cobraban el seguro, no se puede decir que fuera siempre más barato importar el arroz, pues eso nos hubiera obligado a comprarlo más caro que aquí en más o menos la mitad de los años.

El Banco Central sí tenía que pagar centenas de millones de colones anuales por las pérdidas del Consejo Nacional de Producción (CNP), pero eso era por subsidios al consumidor, pues el CNP le vendía, después de procesar, al mismo precio que compraba.

Con respecto a los créditos subsidiados para la agricultura, es útil saber que los economistas agrícolas "notables", los denunciaban enérgicamente, al

mismo tiempo que reconocían que no llegaban al agricultor. Eran pues un subsidio a otras actividades.

Entremos a estudiar la discriminación con que la época valoró la contribución misma de la agricultura al producto nacional: ¿Un 18% del PIB (Producto Interno Bruto) aportado por la agricultura de un país que basa en eso su economía? ¿Menos que el 20% de una industria que solo se intercambiaba en América Central y que compraba sus materiales de maquila fuera de Centro América con los dólares de la agricultura? ¿18% para el producto agrícola que se vende aquí mucho más barato que en los países industriales? ¿Y un 20% para maquila de productos que valen aquí muchísimo más que en los países industriales? ¿Y una contribución aún mayor aportada por los servicios con tarifas fijadas por sindicatos y colegios profesionales y con compra obligada por ley? Cualquiera diría que esa contribución relativa cambió cuando se bajó la altísima protección aduanal de nuestra industria, pero no ha cambiado: de todos modos salimos mal. El porcentaje del PIB que atribuimos a nuestros servicios es aún más increíble; y cuando estimamos nuestro déficit fiscal respecto al PIB, de repente es el doble.

Y si se impone el Índice de Desarrollo Humano —mas subjetivo que el PIB— para presumir de un estándar de vida más alto, sumándole el supuesto progreso ambiental de nuestras reservas forestales, como se pretende, entonces la agricultura quedará mas deslucida como contribuyente. La culpa de la contaminación, en la mente de los ambientalistas, no está en ellos que consumen nuestros alimentos, sino en nosotros que los producimos.

El concepto de Canasta Básica, o precios fijados por ley, es, por otro lado, el mejor mentís que se puede dar a esa pretensión de que el modelo socialista de los últimos 40 años subsidiaba a los agricultores: cualquiera puede comprender que un precio se fija para que no suba; no para que no baje. Se puede meter a la cárcel a quienes venden por encima del precio fijado, pero es imposible meter a la cárcel a quienes compran por debajo de ese precio: esto se considera bueno y lo otro malo. Cuando los noticieros reportan los precios de los alimentos en la feria, invariablemente dicen "buenas noticias" si estos están en baja, sin importar que esa baja sea ruinoso para los productores. De hecho, sin importar que esa misma ruina traiga una gran escasez y unos precios excesivamente altos en la próxima cosecha; una situación que no

hemos podido corregir en varios años de intentos, porque "limitar la oferta es inconstitucional".

El socialismo fue ingrato con los agricultores en todas las sociedades que lo padecieron, fueran estos kommonsomols en la Unión Soviética ó granjas prisión en China. Pero también lo fue aquí, y nos permeó tanto esa actitud intervencionista en la producción agraria, que el mismo gobierno del Sr. Figueres Olsen restableció la Canasta Básica cuando ya estábamos bien adentrados en la Apertura Comercial, y el ministro de economía actual amenaza con establecer arbitrariamente un precio nacional para el café a la mitad del precio mundial —el cultivo ya es discriminado con una altísima imposición a la producción—. En las mismas ferias del agricultor, andan numerosos inspectores fijando cartelones con precios, los cuales de todos modos se tienen que establecer según la demanda y la oferta, tratándose de productos perecederos cuyo mercado no se puede arrinconar: es la conducta aberrante de una intervención estatal, que adquiere proporciones de deprecación cuando se practica contra la clase más indefensa: los destartalados camioncitos de los agricultores que nos traen el alimento a la ciudad, son la víctima favorita de la policía de tránsito; con o sin boleta.

La distribución de insumos agropecuarios además, se nos fue llenando de un exceso regulatorio, que permitió a algunos gremios profesionales aprovecharse de las ganancias de los proveedores, quienes no sólo le pasan el aumento del costo al productor, sino que han terminado haciendo una simbiosis con los mismos reguladores, al extremo de que cuando se pretendió una simplificación de los trámites bajo el concepto de *ventanilla única* para las importaciones, terminamos con procedimientos regulatorios aún más complicados, pues se encomendó la simplificación a los mismos que habían hecho los trámites que se querían simplificar, quienes mantienen así para ellos, un mercado difícil de acceder.

EL CAMBIO ESPERADO

Nosotros vimos con muchas esperanzas el final de la época de sustitución de importaciones, y toda la retórica de privatización o fomento de la empresa privada en un mercado abierto. Pero nunca hemos creído en la capacidad psicológica de nuestros gobernantes para manejar ese cambio -por no decir que no hemos creído en su sinceridad.

La exposición más abierta de la nueva política -que ya estaba en vigor- la hizo el Dr. Eduardo Lizano en 1986 (Anfossi, 1986). El nuevo rumbo consistía en el fomento de la *nueva agricultura* de exportación, lo que era al fin un reconocimiento del fracaso de la industria para traer divisas. Pero ese fomento se haría con otra ronda de privilegios discriminatorios: contratos de exportación y certificados de abono tributario. Así no tendríamos nada que hacer aquí, ni siquiera financiar el cambio, pues se trataría de inversión extranjera.

¿Y qué planes había para los pequeños agricultores costarricenses, que producen el 80% de los alimentos y el 50% del café de exportación? Ninguno. Ellos eran los villanos de la historia. Que se las arreglaran solos, porque en el concepto de ventaja comparativa en que se basó esa nueva política, lo inteligente era comprar los excedentes alimentarios subsidiados de las naciones industriales con los buenos dólares que iban a entrar de la *nueva agricultura*. El periódico La Nación (Anfossi, 1986) los llamaba *precios de oportunidad social*. Fuera de los pocos agricultores que se pudieran colocar como peones en las nuevas *plantaciones*, el resto terminaría como una emigración masiva hacia San José. ¿Le parece a usted que había aquí por algún lado un destello de *libertad de comercio*?

Sabemos que la Ley de Competencia Efectiva, que propusieron para abrir nuestro país al libre mercado, excluyó los servicios, garantizó la existencia de las distribuciones exclusivas y las representaciones de casas extranjeras, y usó como estándar de multa el *salario mínimo*, que es la marca por excelencia de la intervención estatal en la economía. También creó dos nuevas burocracias estatales para su administración.

Nosotros pensamos que esta manera de avance y retroceso es normal en un cambio tan grande, y que poco a poco se irá produciendo más racionalmente, conforme nos vamos desprendiendo de clasificaciones ideológicas obsoletas, pues se trata de que se nos quemó la casa vieja, y aunque tampoco podemos a estas alturas creer ni en el crecimiento infinito que reclama el nuevo modelo ni en su "fair play" ("juego limpio"), ese es el juego que hay que jugar.

Si ignoramos los límites del crecimiento económico, tendremos que admitir que la libertad de empresa y el libre mercado son capaces de un aumento incomparable en la producción, y esta ha

crecido dramáticamente en todas las sociedades (democráticas o totalitarias) en donde se ha permitido libertad en el mercado; sólo que por libertad, en este paradigma, los costarricenses entendemos no-intervención estatal, y no libertad de competencia.

Las economías de planificación central no tienen ninguna comparación con la pujanza productiva que da la libertad de mercado, porque es absurdo esperar que algo tan extremadamente complejo se pueda planificar: sólo se puede coadyuvar.

COMO ES "LA TIERRA PROMETIDA"

El reconocimiento de que la actitud socialista ha sido hostil al agricultor no nos hace entonces abrazar al libre-mercado sin reservas. Por lo menos no al mercado tan imperfecto que ya existía y que estamos reforzando con el nuevo paradigma. Cuatro grandes corporaciones de los países industriales comercializando las llamadas "commodities" no es en absoluto consistente con ninguna idea de libertad de mercado. Cuando yo estudiaba mercadeo en los Estados Unidos en 1954, los agricultores recibían allí la mitad del precio que terminaban pagando los consumidores por sus productos, y eso se consideraba justo y necesario. Hoy en día reciben sólo 5 centavos de cada dólar que paga el consumidor, y cuando estos agricultores norteamericanos reclaman un mejor trato en ese mercado, el consenso es que son muy ineficientes, que tienen que aumentar su productividad para ganar, y que su única opción es hacerse grandes o salirse de la agricultura. Esas mismas cuatro corporaciones controlan la Chicago Board of Trade (Junta de Comercio), y las bolsas de Nueva York, Londres y Hamburgo, donde pueden quebrar a cualquiera cuando quieran, y sus dueños se cambian de sombrero en el Departamento de Comercio y el Departamento de Agricultura, y viajan a Rusia y a China a negociar las ventas de grano, que el gobierno no anuncia a los agricultores hasta que lo hayan comprado barato las empresas de sus negociadores. Cuando la bolsa negocia en un año 40 veces el valor de una cosecha, se deprimen los precios, pues se aparenta así una sobre oferta.

Son esos mismos monopolios los que intermedian nuestra cosecha de café, de caña, de naranjas, de lo que sea. Son estos los que están empeñados ahora en no comprar el café de una

cosecha que saben escasa, al mismo tiempo que venden resmas de contratos a futuro para bajarle el precio y comprarlo. Después comprarán resmas de contratos para subirle el precio cuando el grano ya es de ellos. Y estamos hablando aquí en Costa Rica de eliminar al ICAFE porque su exiguo control de oferta "está en contra de la libertad de comercio". Idem de Laica.

Pero por otro lado, damos la espalda a nuestros socios en la UPEB, y hacemos un trato deshonorante con la Comunidad Europea para burlarnos de la libertad de mercado del banano, desperdiciando así una buena oportunidad de que los grandes respeten los convenios.

Los mismos países industriales, que han convertido sus embajadas en puestos comerciales, y ayudan de todas las maneras posibles a sus empresarios, reconocen que más que *libertad de comercio* lo que se está practicando es *mercantilismo*: todos esos países financian la mayor parte de la investigación científica que termina en las manos de sus empresas como propiedad intelectual, y el gobierno norteamericano financia las campañas de publicidad de Coca Cola, Pepsi Cola, Mc Donald y Marlboro en el extranjero, amén de que insiste en *administrar* el intercambio comercial con Japón, igual que administra Europa nuestro mercado bananero.

No se trata entonces de que estemos saliendo de nuestro mercado socialista para entrar en el mercado "libre" del mundo. Ese mercado mundial ya existía, y para nosotros es peor tener que depender de ese, y tener aquí uno controlado por el gobierno. Es mucho mejor disponer de una pequeña tarifa aduanal del 20% para los productos agrícolas que disponen de subsidios del 100% en sus países de origen, que tener al CNP importándolos sin pagar nada, como era antes.

A NADAR CON LA CORRIENTE PERO HACIA LA ORILLA

Ahora la cosa es saber si tenemos la inteligencia de mejorar ese mercado. Cuando se hace un proyecto común en nombre de la libertad, debería ser posible apelar a la libertad: debemos abstenernos de ser colaboracionistas en tratos que violan la libertad de comercio, como el bananero. Debemos expresar nuestra voluntad de dismantelar organismos locales que controlan la oferta, pero condicionada a que se le dé a la intermediación de "commodities" un mayor grado de libertad en los

mercados de los países industriales. Yo lo condicionaría también al desmantelamiento de controles de oferta en los servicios locales, como tarifas profesionales y compra obligada de sus servicios, como las regencias y las certificaciones, pues no sólo los bienes deben de ir al mercado. Y tarde o temprano tendremos que quitarle la rigidez al mercado laboral. Tal vez podríamos participar en las bolsas de los países industriales, jugando su propio juego, lo que con seguridad sí provocará que le pongan las regulaciones que impidan arrinconar el mercado de "commodities". También está en nuestras manos colaborar activamente en la formación de los llamados *mercados alternos*, como el café de pequeños productores de Max Havelange en Europa, y los intentos de mercadeo de agricultor a agricultor.

Por supuesto, no podemos tolerar una entrada al mercado mundial abierto con un régimen de control de precios interno: esto es autoderrotante. Y, claro está, tampoco soportaremos la competencia de sociedades coherentes con sus planes de producción, si nuestro gobierno no hace una reforma estructural para quitar los monopolios y el exceso regulatorio estatales, o si insiste en una política de impuestos confiscatorios, como hace ahora.

NO QUEREMOS SER COMPLICES

Otro hecho notable de este proceso de Apertura Comercial es que los más proteccionistas son precisamente los países industriales que la demandan. Y en ese arrastrar de pies ellos tienen la complicidad de nuestros propios liberales, quienes defienden como consistentes con la libertad de mercado los precios internacionales de alimentos excedentarios subsidiados; alegan haber medido que los subsidios ajenos tienen poco efecto en la producción de excedentes y en la depresión de estos precios: los números aguantan mayor manoseo que las palabras.

Lo que sí sabemos es que los precios de los alimentos aumentan desproporcionadamente con una pequeña disminución de la oferta por debajo del punto de equilibrio con la demanda. Cuando Costa Rica arruinó su producción azucarera, expropiando las fincas cañeras durante la II Guerra Mundial, toda la hectárea de terreno junto al trapiche que teníamos en Tucurrique estaba habitada por gentes de San José que dormían en tiendas de campaña esperando poder comprar una tamuga de dulce a cualquier precio; a pesar de que ya el Dr. Calderón Guardia había creado también una vengativa

oficina de control. Pero ocurre al contrario con un pequeño aumento de la oferta por encima de ese punto de equilibrio: el precio se baja desproporcionadamente, porque la barriga es inelástica.

La libertad de comercio requiere entonces que se eliminen por lo menos los subsidios más evidentes, pues de exigir que se eliminaran todos acabaríamos con todo el comercio: tendríamos que ponerle un "handicap" a las supercarreteras, los ferrocarriles, la investigación científica, la asistencia técnica, la asistencia en salud, la educación, etc. de los países industriales. Estos ya quieren ponernos uno por nuestra mano de obra más barata y por nuestros menores estándares ambientales, al punto de que han caído ya en los excesos regulatorios sin fundamento de la agricultura orgánica, que es como un renacimiento del vitalismo.

Pero lo que de plano no tiene ningún sentido es ser más papistas que el Papa, y no aprovechar ni siquiera los índices de desfase del proteccionismo que nos permitía la ronda de Uruguay, porque eso también equivale a poner demasiada confianza en el nuevo modelo. Hay otra evidencia de discriminación en el hecho de que los productos que se quedaron sin ninguna protección son los de los pequeños: se salvaron la leche y el pollo con altas barreras, y se fastidieron el tabaco, las papas y las hortalizas, que ni siquiera en el TLC (Tratado de Libre Comercio) pudimos vender a México: no había pequeños agricultores velando por sus intereses "en el cuarto de a la par".

Ha habido aquí varios neoliberales tan convencidos de la pujanza de la libertad de empresa, que no ven necesidad de ninguna reestructuración estatal más allá de la desregulación -que ya sería un gran logro. Piensan que con eso aumentaríamos la producción hasta volver insignificante el actual déficit fiscal. Nosotros no creemos que el éxito del nuevo paradigma esté asegurado ni siquiera con la reestructuración completa, incluyendo desregulación. Y las posibilidades son tantas que la lógica no sirve, necesitaríamos un profeta: puede ser que los excedentes alimentarios desaparezcan del mercado mundial conforme se van retirando los viejos agricultores sin reemplazo -nadie quiere dedicarse a eso, ni con subsidio, porque ese no es el problema. Y puede ser que cuatro grandes empresas produjeran todo lo que necesitamos para comer y para exportar, con el consiguiente encarecimiento por control de oferta. Si también continúa el proceso de "redundancia"

de la fuerza laboral debido a la robotización, pues tendríamos que volver a un estado socialista interventor que reparta las cuotas de producción de la máquina universal. Pero eso sería volver después de haber dado la vuelta entera; lo que es ahora, no se puede volver.

LA FACTORIA DE AGROEXPORTACION

Tampoco es posible pensar en una factoría agroexportadora, condenada a vender materias primas cuyos términos de intercambio se deterioran progresivamente. Pensábamos que la industria sobreprotegida sería la primera víctima de una apertura comercial, pero oímos decir ahora que han aguantado bien desde que les bajaron la tarifa aduanal al 20% hace varios años, aunque tampoco entendemos por qué se pueden comprar los bienes industriales en Golfito a la mitad del precio, ni sabemos de ningún lugar donde eso sea cierto para los alimentos. Por cierto que tampoco sabemos por qué se reporta la contribución industrial a las exportaciones sin mencionar para nada su alto componente importado; y fue también tienen CAT (Certificados de Ahorro Tributario)

Claro está que los 30 años de manufactura que padecemos han dejado algo más que 14 millones; han dejado una capacidad industrial que ahora vienen a comprar los capitanes de la industria extranjera con miras al mercado abierto, no al sistema de tarifa. Esto también contribuye mucho a la sobrevivencia de nuestra industria, aunque sea en manos extranjeras, donde de todos modos estaba, pero aunque convertirnos en maquileros es mejor que ser agroexportadores, no hay razón para contentarse con eso; de no hacer algo para darle un poco de libertad a la invención, la imposición unilateral no recíproca de la propiedad intelectual nos va a mantener como satélites de la metrópoli. Hay en todo el mundo, incluyendo a los países industriales, un descontento con el concepto de propiedad intelectual que han impuesto las corporaciones con ayuda del aparato legal, que convierte todo invento en propiedad inevitable de multimillonarios, y escasea los productos para encarecerlos. Hemos visto ese descontento en varios científicos notables de universidades norteamericanas, y últimamente en Paul Romer, un candidato al Nobel de economía, quien no cree que se deben patentar todos los inventos.

LA INSOSTENIBILIDAD

Tenemos otro problema con los argumentos paralelos del crecimiento económico y del *desarrollo sostenible*. Aún un crecimiento de sólo 2% anual duplicaría nuestro consumo en menos de 50 años, y ese índice de crecimiento tan bajo es considerado de recesión. Los países con índices de crecimiento del 14% se han convertido en pesadillas ambientales. Maurice Strong, de la Cumbre de la Tierra, es un millonario petrolero, y su asesor industrial, Stephan Schimdheiny (Schimdheiny, 1992), es otro millonario, quien piensa que es posible establecer entre el medio y la industria una "solución de compromiso" que nos garantice las dos cosas: un crecimiento constante de la economía, y una recuperación ambiental. Esto se conseguiría mediante una alquimia que se llama *sinergia*, que permitiría producir cada vez más bienes y servicios usando menos recursos naturales. Los norteamericanos llaman a esto "comerse el pastel y tenerlo", y también lo llaman "pastel en el cielo".

LA LUCHA DE LOS PEQUEÑOS

Lo único que encuentro razonable de las proposiciones de Schimdheiny en la Cumbre de la Tierra, es el párrafo siguiente: "En el mundo en desarrollo, el poder político y económico de los agricultores pocas veces guarda proporción con el número de personas dedicadas a esta actividad, o con su contribución a la economía nacional" (Schimdheiny, 1992).

Esta cita de Schimdheiny coincide exactamente con nuestra propia experiencia, como ya en UPANACIONAL la habíamos descrito en Precio Sobre Costo (UPANACIONAL, 1989), que fue una respuesta al proyecto de la nueva agricultura mencionado, y a las pretensiones de los "notables" a propósito de que nuestro problema era ineficiencia, de que "si todos los agricultores fuéramos tan eficientes como los productores de café y banano, no tendríamos ningún problema" y de que "era mejor dejar los granos básicos y sembrar café". Si los norteamericanos y los europeos cultivaran el banano y el café, decíamos, nuestros propios productores también serían ineficientes por comparación. Cualquiera sabe aquí los avatares cíclicos del café, que se manifestaron en su aspecto negativo muy poco tiempo después de aquella discusión. El mercado del banano también entraría en crisis poco

después. Y si de lo que se tratara fuera de sembrar aquello que nos dé el mayor retorno posible por hectárea, sembraríamos coca, y entraríamos en ese círculo vicioso de nadar contra el mercado, donde la DEA disminuye la oferta para beneficio de la mafia.

Lo que se debe comprender es que el pequeño agricultor no es un empresario. Por eso no se presta al análisis económico capitalista, ni clásico ni marxista. Algunos están allí porque no les queda más remedio -como en todas las profesiones- pero los verdaderos están allí por vocación. El pequeño agricultor aguanta los precios catastróficos a que nos condena la falta de control monopolístico de la oferta, y el abuso socialista de usarlo como plataforma para financiar las otras actividades, porque él vive de la tierra. "Ningún país donde se estableció la gran empresa agrícola pudo soportar la competencia de aquellos países que dependían de la pequeña agricultura" (Servolin, 1989). Sólo esta puede proporcionar alimentos baratos, aunque lo haga a costa de la miseria de los productores. El agricultor empresario se sale de su actividad cuando encuentra otra más remunerativa, y cualquier actividad es más remunerativa que la agricultura productora de alimentos cuando dependemos de un mercado explotador. Como el gran agricultor tiene también intereses en el comercio y en la industria, y en el negocio de gobernar, no podemos contar con él para que represente nuestros intereses.

No es por ineficiencia que la "family farm" está en problemas cuando de su producción sólo recibe el 5%, es por su incapacidad para concentrar su oferta. Era cinismo abandonar por inoperante un modelo de sustitución de importaciones, con su consecuente hipertrofia estatal, que se montó sobre la producción agropecuaria y el abastecimiento de alimentos baratos, para cambiarlo por uno de nueva agricultura sobre otra base de privilegios, y dejar a su suerte a los productores nacionales de alimentos, porque la experiencia aconsejaba comprarlos del "dumping", según un concepto estirado de la ventaja comparativa. Igual hicieron en México, y cuando el dólar subió de 3,70 a 7 pesos, y desapareció la "ventaja comparativa" de la noche a la mañana, los mexicanos ya no tenían ni los granos, cuya producción habían arruinado, ni los dólares para comprarlos más caros. Demás está decir que este plan acomodaticio de los "precios de oportunidad social" provocará también un éxodo de medio millón más de campesinos hacia los anillos de miseria de la capital, pues no existen otras fuentes de empleo para ellos.

EL VALOR AGREGADO ES AJENO

De ajuste estamos oyendo a los "notables" hablar, de que la época demanda que el agricultor venda sus productos "en el portón de la finca", que es donde los ha vendido siempre; o más bien, a la orilla del camino: al intermediario que lo explota. Como no hay ninguna política agraria, se desperdicia así una magnífica oportunidad de que los agricultores ocupen el nicho de la industria alimentaria que trajo la apertura. Para ellos sólo la producción de materia prima barata, y la tajada de león del valor agregado para otros.

Lo que las circunstancias demandan es una política nacional agraria inteligente y honrada. Algo como lo que hizo la monarquía danesa del siglo pasado (Servolin, 1989), que le permitió a ese país un elevado estándar de vida como productor agrario, y que sirvió de modelo para los otros países de Europa Occidental, los cuales gozan así de una dieta excelente, y de una importantísima contribución agraria al PIB y a las exportaciones; aunque también allí abundan los "notables" que despotrican contra una actividad que no conocen.

LOS PRIMOS POBRES

Pero para implementar una política agraria, hay que combatir ese snobismo de urbanos que desprecian a sus primos pobres del campo. Hay que poner atención a los agricultores, buscar la manera de hacer equipo con ellos sin condescendencias ni paternalismos, como los que se ven en los análisis profesionales sobre la pequeña agricultura, que además, no tienen ningún fundamento.

El prejuicio no existe sólo aquí, veamos lo que dice Servolin (1989): "Francia es un gran país agrícola. Todos lo sabemos desde la infancia. Es parte del mito nacional, y sin embargo, toda persona que se interesa en este sector se sorprenderá de la ignorancia profunda que rodea todo lo que concierne a los productores agrícolas entre las personas no especializadas, aún las mejor informadas. La imagen que tiene la conciencia común oscila entre dos estereotipos. Para ella la agricultura evoca al campesino con todos sus atributos tradicionales y contradictorios. Un hombre de aspecto tosco y sucio, atrincherado en su finca, avaro, egofista rutinario, y del cual los gobiernos tienen que comprar el apoyo en cada elección. Pero también es el padre fundador de la nación, el

conservador de las virtudes de la raza, el que vive en armonía con la naturaleza, el único hombre libre, el último que posee todavía un saber auténtico y no libresco. El único que resiste las seducciones atractivas de la ciudad. Estas dos imágenes coexisten sin problemas". Bueno, los problemas de estas imágenes estereotipadas son para el agricultor, a quien la sociedad ve como un "otro", alguien que no es contabilizable.

O veamos esta otra descripción que cita Krebs (1992), según los ve un informe de la Cámara de Comercio de los Estados Unidos de 1945: "Hay evidencia de que los agricultores pequeños se han habituado a un ambiente primitivo y lo prefieren a cualquier otro. A menudo muestran muy poco deseo por los cosas materiales asociables con un más alto estándar de vida, si su adquisición les sacrifica su libertad, la cual viene de ser su propio patrono y de una vida holgada... A menudo carecen de la ambición, la energía, y la capacidad administrativa, así como del capital y la experiencia necesarios para una producción de mayor escala. Las entradas limitadas de la finca familiar crean inevitablemente condiciones desfavorables para el desarrollo de un tipo más elevado de trabajador y de ciudadano". Este es un retrato de Jeeter Lester, el de El Camino del Tabaco (Caldwell, 1959). Casi una caricatura. La verdad es que nuestros pequeños agricultores son gente mucho más laboriosa que los asalariados. Y hay que agregar que desde 1945 han desaparecido en los Estados Unidos casi todos los pequeños así descritos por Caldwell (1959), porque allí sí hay empleo alterno productivo, pero continúa agravado el problema de remuneración de los restantes.

Los economistas notables nuestros también caricaturizan así a los pequeños agricultores, y con esa actitud es imposible formar un equipo que los ayude. El problema es que estas actitudes provocan reciprocidad y resentimiento. A esto es que me he referido en las ocasiones en que me han invitado a conferencias o mesas redondas del Colegio de Ingenieros Agrónomos. Como cuando se explicó la reestructuración del sector agropecuario convirtiendo las Agencias de Extensión Agrícola en CABs que manejarían esa divulgación con un técnico y un ayudante, según esa interpretación errónea de la filosofía de John Dewey en que no es importante conocer la materia sino sólo los métodos de enseñarla, con lo cual se ahorran 500 millones de dólares en un presupuesto del Sector Agropecuario de 12,900 millones. O como cuando

vino un técnico de FAO a decirnos "que la investigación y la divulgación agrícola, copiando los métodos de las naciones industriales, habían sido un fracaso, que había que adoptar un modelo de desarrollo *sin insumos!*, y que "los agricultores deberían dejar de tocarle la puerta al gobierno, que de todos modos no tiene con qué ayudarlos", como si no fuéramos nosotros, los pequeños agricultores los que mantenemos al gobierno, y como si este no tuviera ninguna responsabilidad por el estado en que nos han dejado sus modelos de desarrollo fracasados.

LA RECONVERSION ES ASUNTO DE TODOS

Me parece, como dije en esas ocasiones, que lo que necesitamos es una política nacional de reconversión agraria que permita a los pequeños agricultores agregar valor a sus productos y participar de las exportaciones, y que para eso tiene que haber formas de asociación, infraestructura, investigación científica, y asistencia técnica, además de búsqueda de mercados. Eso tendrá que ser un mejor esfuerzo que todos aquellos "canes y canchitos" (Consejo Agropecuarios Nacionales), agencias de extensión sin ningún rendimiento de cuentas, Centros Agrícolas Cantonales politizados, y rebatiña de dinero extranjero; como se ha vuelto a hacer con la contribución holandesa para el famoso desarrollo sostenible. Tenemos una responsabilidad conjunta los agricultores, los técnicos y el gobierno, y los pequeños agricultores no vemos que esa responsabilidad se esté asumiendo: ni siquiera se comprende la propuesta, aunque las consecuencias de no hacer esta reconversión sí deberían ser fáciles de comprender.

También he insistido en que esto no se va a lograr sin un buen grado de mutualismo entre los agricultores y los agrónomos, que todavía no se ha intentado. De no poderse lograr, el prospecto será unas pocas grandes empresas, como se propuso en el gobierno de Arias para el frijol, y por supuesto, control de oferta y altos precios para los alimentos: la venganza divina.

RESUMEN

Para los pequeños agricultores de UPANACIONAL, el llamado mercado "libre" no sólo es inevitable sino que, después de todo, resulta una mejor alternativa que la intervención estatal que

hemos sufrido durante los últimos 50 años. Pero no vemos aún que nuestro gobierno adopte sin ambigüedades el nuevo y aceptado paradigma, y esto es dañino a nuestra producción, que contribuye con el 80% de los alimentos que requiere el país; el 50% de sus exportaciones de café; y un buen porcentaje de otros productos agrícolas exportados, tradicionales o no, y para los cuales no recibimos subsidio alguno. Esta falta de compromiso gubernamental recarga nuestra producción con el costo de un Estado inflado; nos pone en la posición incómoda de abrir nuestro mercado a los excedentes alimenticios subsidiados; y nos priva de la oportunidad de reconvertir, agregar valor a nuestros productos y participar en las nuevas exportaciones. También se pierde la oportunidad de influenciar la conformación de un verdadero mercado libre en el mundo. Y podría agravar nuestros problemas sociales hasta lo incontrolable, al forzar el éxodo de medio millón de campesinos hacia los tugurios de San José, donde no hay fuentes alternativas de empleo. Sugerimos, por lo tanto, que una política agrícola nacional es

urgente. Que debería enfatizar la reconversión. Y que esta es una labor de vital importancia para la sobrevivencia de los pequeños agricultores y las profesiones agronómicas.

LITERATURA CITADA

- ANFOSSI, A. 1986. I. Enérgica censura contra proteccionismo agrícola. II. Plan de Eduardo Lizano para eliminar proteccionismo. *La Nación*, N°14.439 (p. 6A) y 14.440 (p. 8A), 11 y 12 agosto, 1986. San José, Costa Rica.
- CALDWELL, E. 1954. *El camino del tabaco*; tr. de Atanasi Sánchez. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 252 p.
- KREBS, A.V. 1992. *The corporate reapers*. New York, Essential Books.
- SCHIMDHEINY, S. 1992. *Finanzas y Desarrollo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- SERVOLIN, C. 1989. *L'agriculture moderne*. Editions de Seuil.
- UPANACIONAL (Unión Nacional de Pequeños Agricultores). 1989. *Precio sobre costo*. Un viacrucis. 21 p. San José, Costa Rica.